

REBECA:



Camino a casa

Por Carolina Neira Campos

Capítulo Uno: El cumpleaños de Antonio

Peinaba sus largos rizos en medio del silencio de su habitación, cuando sintió que tocaban. Su cuarto estaba iluminado sólo con suaves velas y parecía un oasis en medio de tanta locura. Reconoció la voz de Amalia al otro lado de la puerta y la autorizó a entrar.

Amalia era una gran mujer. Sirvió en la casa de sus padres y no dudó en acompañarla el día que contrajo nupcias con Antonio, venido de Andalucía. Su ternura y braveza la caracterizaban, siempre tenía palabras con dulzura, pero sus convicciones eran fuertes e inamovibles. La dulce Amalia.

No venía con buen semblante como de costumbre. Siempre estaba de buen ánimo, a pesar de todo lo que pudiese ocurrir. Rebeca la miró y sabía que algo malo había sucedido. Dejó su cepillo sobre el tocador y se acercó a Amalia. Parece que nunca había visto esa cara. Amalia se abalanzó sobre ella y la abrazó con mucha fuerza, lo que le debía contar no era fácil.

- ¿Mis padres? - preguntó Rebeca.

- Sí - dijo Amalia.

Los padres de Rebeca vivían a unos 20 kilómetros de la casa patronal. Poco como para verse seguido, pero mucho para un esposo como Antonio. Después de la boda, sólo volvió a verlos cuando llegaron de visita a la gran casa y estuvieron unos días con ellos. La madre de Rebeca, Agustina, había tenido un sueño que la perturbó y, por tal razón, decidieron viajar de sorpresa. Su esposo, Bernardo, no dudó en acompañarla para ir a ver a su hermosa y única hija. Siempre anhelaron lo mejor para ella. En casa, le dieron la mejor educación que pudieron, dado que internarla en el Convento Manos Piadosas, como lo hacían las otras muchachas de clase, era inalcanzable para ellos. Aprendió a cocinar, realizar costuras y bailar, ante la constante instrucción de su madre. Pero su mayor placer era cuando tomaba el arpa y podía esparcir por todo el cuarto las bellas melodías aprendidas. Agustina la preparó para la vida y se esmeraba en educarla según los gustos y deseos de los españoles.

Ahora ellos habían sido víctima de una ola de delincuencia que estaba azotando la zona. Unos encapuchados, provistos de armas blancas y antorchas, entraron a su casa con la intención de robar. Agustina estaba bordando en el corredor y fue golpeada ferozmente en la cabeza, cayendo desmayada y perdiendo mucha sangre. Al escuchar los gritos, Bernardo vino a verla y se encontró con tres malhechores que, sin piedad, le dieron muerte. Su casa no ostentaba grandes privilegios, sin embargo, se sabía de ellos que hacían buenos negocios y nada les faltaba. Entraron a la casa y desordenaron todo en busca de dinero o especies de valor, pero no se llevaron nada. El cuerpo de Bernardo yacía cerca de Agustina, quien no pudo soportar las lesiones y también cerró sus ojos para siempre. Los vecinos se acercaron a ayudarlos, pero todo fue en vano. Mariano, el amigo de infancia de Rebeca, fue a dar el aviso a la casa patronal, pero no lo dejaron entrar.

Ya nada podía andar peor. Lejos de su familia y amigos, en una casa llena de lujos y vacía de sentimientos, se encontraba Rebeca sin saber con quién desahogar su gran pena. Sólo estaba Amalia, lo más cercano a familia y recuerdos de infancia... recuerdos que ahora traían sosiego a su alma.

Cuando Rebeca se casó con Antonio, sus padres le regalaron una hermosa cajita de madera, donde podría guardar sus joyas y sus más delicados secretos. Fue tallada por su propio padre y barnizada de un marrón oscuro, tal como a ella le gustaba. Allí guardaba algunas pinzas especiales para recoger el cabello, unas que su madre le había regalado, pero otra muy especial que le obsequiara Mariano cuando aún eran niños. También guardaba ahí, su diario de vida que era su fiel compañero de viaje. Quiso comenzar a escribir su desbordante pena, pero no pudo siquiera colocar la llave en la pequeña cerradura. Sólo pudo reclinarsse sobre ella y con dolor dejar caer las más amargas lágrimas. Al intentar abrir sus ojos, su mirada se enfocó en la trabajada cubierta de la caja que tenía un texto tallado:

“Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me”

Si sólo hubiese sabido lo que significaba.

Ahora debía prepararse para la celebración del cumpleaños de Antonio. Por un momento, su cabello debió esperar y el vestido siguió colgado. Infructuoso sería pedirle a Antonio que la dejara ir a enterrar a sus padres. Pero hizo el intento. Al escucharla, Antonio no se compadeció de ella y no la dejó partir. Muy por el contrario, frunció su ceño en notorio malestar pues Rebeca aún no estaba lista.

Antonio era un hombre venido de Europa, de carácter fuerte y prepotente. La más dulce de sus voces era como un ladrido de un perro con rabia. Gustaba de la vida social y disfrutaba que lo admiraran por sus negocios o por la última importación de tabaco traído desde Paraguay. Estaba a punto de celebrar su cumpleaños, a su parecer, una buena razón para que Rebeca se quedara en casa.

Mientras ella sube a su cuarto, los sirvientes terminaban de preparar hasta el más pequeño detalle para atender a los trescientos invitados. Las flores, las velas, las copas, los músicos, la vajilla española, el aperitivo... todo debía estar a la perfección.

El salón principal ya estaba agasajado, fueron semanas de preparativos, donde ni las largas y costosas cortinas, ni los muebles de alerce, ni las alfombras turcas, ni los grandes ventanales se libraron de la intervención de los sirvientes. Sólo faltaba que llegaran los invitados; y para ese momento, Antonio y Rebeca deberían estar en la puerta principal recibiendo con la más flamante sonrisa.

Luego de 12 años de matrimonio, Rebeca ya no se sorprendía de la conducta de Antonio ni de sus decisiones. Ante la sociedad y sus amigos, se mostraba como el mejor amante y el más preocupado marido, pero Rebeca sabía que era sólo una máscara que utilizaba para posicionar sus negocios y su promisoría vida política. Con ella, en la intimidad, era el más descarado egoísta de todos los hombres.

Volvió a su tocador, tomó su cepillo y con mucha rabia continuó cepillando sus hermosos y largos rizos. La velada había comenzado mal y no tenía otro final: no solo tendría que soportar

el festín de su marido, sino que además debía sonreír cuando por dentro lloraba. Han sido 12 años en los cuales Rebeca se ha arrepentido en cada segundo de haber dicho *Sí, acepto*.

El tiempo de noviazgo fue excepcional. Creyó haber conocido al hombre que la amaría por siempre y se sentía como una princesa cuando estaba con él. La belleza y ternura que la caracterizaba lo embobaron, su inteligencia y destreza con el arpa lo cautivaron, de tal manera que no consideró la diferencia de las clases sociales como motivo para alejarse.

Agustina siempre deseó que su hija conociera algún aristócrata o un influyente hombre de negocios, por tal razón y desde pequeña la educó para lograrlo. A pesar de sus carencias, siempre la vistió con hermosos vestidos y la preparó con buenos modales. Por su parte, Rebeca siempre resaltó sin necesidad de sus vestidos. Sus grandes ojos y su pelo ondulado hacían que llamara la atención y sean muchos los que admiraran su hermosura. Siempre sonreía y era atractiva para todos en el pueblo. Cada domingo su familia acostumbraba a ir a la iglesia y su voz sobresalía entre la multitud. Muy lejos estaba ahora Rebeca de esos recuerdos. Amalia era la única que la seguía acompañando.

- Amalia! Búscame el vestido de seda negro - gritó Rebeca.

- Pero, señora... - replicó Amalia - el señor le compró el vestido burdeo exclusivamente para esta ocasión, hará que se moleste y usted sabe cómo se pone cuando está enojado.

- Hoy no se enojará o al menos no me importa si lo hace - respondió con firmeza Rebeca.

Amalia trajo el vestido y ayudó a Rebeca a ceñírselo. Era de total influencia española, con telas rígidas y brillantes. Con mangas amplias y volados, y con el miriñaque levantaba sutilmente la parte posterior del vestido. A pesar del luto, Rebeca dejó el escote pronunciado, acomodó sus rizos de tal manera que lucían más hermosos todavía y buscó las joyas de la abuela engalanándose con ellas. Sólo debía cubrirse con su mantilla bordada y tomar el infaltable abanico.

Al salir de su habitación, escuchó a Antonio reprender a Amalia por la demora de Rebeca. Los invitados ya estaban por llegar y él estaba en la puerta esperándolos.

- Voy bajando, mi querido Antonio - dijo Rebeca.

Cuando Antonio la vio bajar por las escaleras, sus ojos quedaron asombrados y no hubo motivo ni espacio para recordar el vestido que le había comprado con finos aires franceses.

- Me estaba preparando para ti, querido esposo - continuó Rebeca - Discúlpame por la demora.

- Te ves preciosa, dulce Rebeca. Digna de ser llamada mi esposa.

Muy pronto empezaron a llegar los comensales y Rebeca sonreía como en el mejor de sus días.

Lo peor de estas fiestas eran los invitados. Venían los amigos de Antonio que lo acompañaban en las tardes de caza y que evidentemente le guardaban los secretos de aquellas reuniones que jamás divulgarán. Rebeca sentía que cada vez que la miraban, por dentro decían *Pobre de ella*.

Por otro lado, estaban ellas: las amigas de Antonio. Apenas conocía sus nombres, no sabía nada de ellas. A Rebeca le incomodaba la coquetería con su marido y la forma en que mecían su abanico, tratando de decir mil cosas con él. No era secreto que según los pliegues abiertos o los golpes que daban en sus dedos con él, significaba una manera "oculta" de acordar una cita. Después de todo, estas tertulias servían para eso: presentar en sociedad a las jóvenes damiselas y encontrar un marido las que aún no se habían casado.

Ya no escuchaba los saludos, no sabía cuántos halagos había recibido, ni cuánto faltaba para poder hacerse invisible. Sólo sabía que debía estar de pie junto a Antonio y no dejar de sonreír.

Pasó por su mente las veces que ha tratado de huir, siendo amenazada por su marido con hacerle daño a sus padres. Tal vez, ahora era el momento de hacerlo, ya no habría razón para temerle.

Dentro de los invitados, se podían observar hombres de las más altas jerarquías del ejército, aristócratas renombrados y exitosos personeros de los negocios y la política. Obviamente, no podía faltar el padre Alfredo Latorre, que a sus cercanos les permitía que lo llamasen sólo *Alfredo* y Rebeca era una de ellos. Disfrutaba cada domingo en la misa, aunque poco y nada entendía pues todo se expresaba en latín. Pero la vulnerabilidad del padre y su continuo cuidado por sus ovejitas, la hacían creer todo lo que decía.

Había terminado la primera responsabilidad de la velada. Ahora venía el brindis en honor de Antonio y los discursos malolientes de admiración de los comensales. Rebeca respiró profundo y se dio ánimo para seguir con la farsa. Antes de dirigirse al salón principal, tomó un respiro en su sala de música. Hizo percutir las cuerdas del arpa y aunque sin una melodía definida, la hizo olvidar por un instante su dolor.

Mientras tanto, Antonio festejaba con los invitados en el salón. Recibía toda clase de adulaciones por parte de aquellos que querían cerrar un contrato con él y por las que esperaban con ansias pasar un tiempo a solas a su lado. Comenzaron las partidas de lotería, entretanto algunos barajaban los naipes. La tabla de ajedrez también se unió a los juegos. Las risas desenfrenadas y el coqueteo descarado se tomaron la fiesta. Al parecer a nadie le importaba el cumpleaños de Antonio, pero era un buen momento para alcanzar los ambiciosos fines personales.

En un rincón y notoriamente incómodo, estaba Alfredo. No perdía la oportunidad de aconsejar sobre todo a las más jóvenes, pero el contexto hacía que sus palabras sean más lejanas que las del domingo. Miraba por todos lados, buscando a Rebeca y al no encontrarla decidió buscarla en otros lugares de la casa. Rebeca había salido a uno de los balcones, uno que tenía vista al pueblo. Fue allí donde la encontró Alfredo y se acercó a hablarle.

- Te andaba buscando, Rebeca - dijo Alfredo - me gustaría saber cómo te sientes.

Alfredo había estado velando a los padres de Rebeca y sabía que ella no podría ir.

- Tus padres han recibido todo el cariño del pueblo. Nadie faltó a su despedida - le contó Alfredo.

- ¿Nadie? - preguntó Rebeca y el silencio se hizo ensordecedor.

- Sé que hubieses querido estar ahí, pero que Antonio no te dejaría. Todos en el pueblo, incluso Mariano, se preocuparon de despedirlos como a ti te hubiese gustado.

Rebeca sentía como si a tirones trataran de arrancarle los intestinos. El dolor y la congoja la hacían desvanecer. Pero ahí estaba Alfredo, que con palabras dulces y un abrazo paternal la contenía.

Rebeca trae a su memoria la cajita de madera. Esa frase enrevesada que no pudo comprender podría ser descifrada por Alfredo. Corrió a su habitación, tomó una pluma y una hoja y transcribió lo que ahí decía. Volvió al balcón con grandes expectativas y le mostró el escrito a Alfredo.

- Sin lugar a duda, estas palabras son para ti. Este verso es un pasaje inspirado por el salmista David cuando sentía que todos lo habían abandonado. Lo que quiere decir este verso es: *Aunque mi padre y madre me dejen, Dios me cargará en sus brazos.*

Las lágrimas de Rebeca resbalaban sin temor por sus mejillas, haciendo que el maquillaje se esfumara. Su corazón luchaba con dos pensamientos antagónicos e irreconciliables. Por un lado, esta verdad la conmovía por la infinita bondad de Dios. Pero por otro lado se preguntaba, ¿dónde estaba ese Dios?, ¿cómo la cargaría en sus brazos?, ¿dónde ha estado todo este tiempo donde la angustia y la soledad han sido sus únicas compañeras?

Amalia se acercó y le dijo que Antonio la buscaba. Rápidamente, Rebeca apretó sus mejillas para sonrosarlas y nuevamente respiró profundo para continuar con su rol de anfitriona.

Antonio la esperaba para pasar a las mesas. Le pidió a Alfredo que bendijera la comida, mientras que Rebeca seguía con la batalla en su mente, sin saber las respuestas.

La cena estuvo de maravilla. El plato de residencia se desbordaba con carne y el guiso sobreabundaba de choclo y papas. A Antonio le gustaba ostentar nuevas recetas europeas, pero las exquisitas manos de quienes las preparaban le daban ese reconocido sabor criollo. De postre, un desfile de deliciosas frutas donde se destacaban las chirimoyas y lúcumas. Pero antes que llegara una agüita milagrosa, Rebeca golpeó suavemente su copa y se puso de pie. No era habitual que lo hiciera, pero no quiso dejar pasar esta oportunidad.

- ¡Es tu cumpleaños, amado esposo, y no he brindado en tu honor! Permíteme decirte una gran verdad, que ha impactado mi vida
- dijo rebeca mirando tiernamente a Antonio.

- Espero feliz tu brindis, mi amada Rebeca.

Alzó su copa y con gran convicción, dijo: *¡Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me!*
¡Salud!

Todos la miraban con extrañeza. Algunos pensaban que había bebido demasiado. Pero para no quedar como ignorantes, sonrieron y gritaron a una *Salud*. Sólo Alfredo entendía que Rebeca había dejado de luchar en su interior y que había comprendido el mensaje de su cajita de madera.

Envíame tus comentarios a contacto@paranosotras.org

Muchas gracias!!